# DAMASO ALONSO, CON POETAS Y POESIA

## PURO Y SENCILLO PLANTEAMIENTO

Hay un itinerario obstinadamente seguido y proseguido en cuanto a la literatura española se refiere, dentro de la obra de Dámaso Alonso, y sobre todo con dedicación especial al sector poético. Es, como suele decirse, un campo privilegiado. La poesía, como horizonte siempre ansiado, como colaboración de viaje nunca perdido. Con sus calas correspondientes. Desde los orígenes, con sombras junto a las luces, y desde la actualidad, con ceniza junto a rescoldos. Contraste y perspectivismo, en memoria nunca extraviada, y con la consabida prospectiva guiadora. Para buscar caminos de poesía en ritmo vivido y asumido de los poetas. La palabra vocación puede parecer a algunos (timoratos y nada más) palabra exagerada. Resulta que la trayectoria es constante en las letras españolas, como preocupación y enfoque, en estudio atinado y adecuado, sin perder de vista el caudal y el cauce aunque con deleite, asimismo, en las orillas y en la cuenca. ¿O es que acaso no se contempla floresta y matorrales en cualquier comarca de creatividad poemática?

Así, el tiempo de poesía. De los siglos oscuros al de Oro, y asimismo, del siglo de Oro a este siglo de siglas. Nada de mirada errante, errabunda, sino ojos con ancla en la mismísima substancia de la poesía y, también, ya lo dije, de otros sectores de las letras de España. La esencialidad, lo que anda buscándose, la quintaesencia, con sus imperativos ensayos sobre poesía española.

## COMO FRASES LIMINARES

Podría encaminarse la clave o llave de una metodología analítica alonsiana evocándose otros años y otras esperanzas, recordándose actividades de época y revistas y hasta de sociología generacional en lo que a grupo de poetas amigos (no suele haber enemigos) se relaciona. Relaciones, interpenetraciones, y un acercamiento a pasos quedos, los más emocionantes, hacia la meta soñada: la poesía en su realidad. Insoslayablemente. O en su destino. O en su presencia. Una

reunión y alianza de factores cuya originalidad es su antigüedad. O sea: su luz nunca apagada, ni de día ni de noche, y en las cuatro estaciones de los años. Poesía, y siglos. ¿Es que Dámaso Alonso iba a eludirlo? Problemática inicial. Arranque, hito, parada, y vuelta a empezar: con la poesía a cuestas. Una necesidad. Y por ello mismo, su proyección en frase significativa y definidora. Más bien: en un verso. Lo liminar, en verso. Para dar aire y tono a lo demás. ¿No se trata de alas animadoras? ¿Alas que no cristalizan sino que no cejan en su vuelo soñador? Dámaso Alonso en su desafiadora empresa sensibilidad abierta y solidaria. Y por ello mismo, lúcido, algo frío en su lucha. El verso pertenece al poema «corazón apresurado», canto algo quevedesco en su tradición no olvidadiza y ello equivale a decir que es verso muy español:

*Pediste plenitud: la muerte pides.*

¿No es lema y consigna y banderín ante vientos de la realidad humana? Condensación intensa y honda cuya repercusión en el propio poeta es inmensa y sin mudez posible. Al buscarse plenitud, se piensa en la muerte.

Pues no; puede ser, asimismo, lo contrario. Plenitud, como cántico alborozado de ensueño. Dicho de otro modo: la esperanza es vida, y hasta dicha. Pero nada de optimismo exagerado y casi prematuro. Lo esperanzado no excluye la lucidez. No es júbilo de pájaros, no es tampoco echar campanas al vuelo. Pero puede residirse muy lejos de la muerte pese a pedirse plenitud. Poesía arraigada en humanismo, y desarraigada en cuanto a lo puramente barroco y enfático. La posición metafísica alonsiana puede hallar su eco en lo vital, en la vida. Y si el corazón se apresura, en latir apresurado (o lento, según las circunstancias y el aliento general de la salud social-humana) también puede encauzarse hacia paisajes que no sean los de la muerte. Pese a la totalidad. Pese al anhelo tercamente soñado de la plenitud.

Muerte y vida, tal vez los dos polos invariables de toda creatividad, con sus juegos de luces naturales y hasta de fuegos artificiales. Lo claro y lo oscuro, el diálogo de días y noches, de dolor y gozo. La plenitud en derrotero egoísta de lo gozoso, como si todo estuviese bien hecho. Acaso con la visión lejana de los versos guillenianos, con aquello de que el mundo estaba bien hecho. ¿Y no con resonancias juanramonianas de que no cabe tocar a la rosa ya que así es y definitivamente hermosa y frágil, en su plenitud de existencia y destino?

Plenitud contra la ausencia, plenitud por la presencia. El epicentro, casi se adivina, tiene que llamarse amor, o amistad. Los sentimientos comprensivos, ayudadores y solidarios; los nuevos sentimientos, como a Antonio Machado le hubiera gustado denominarlos. No hay timidez, sino afianzamiento y afirmación responsabilizada de un humanismo tenso y decidido, con raíces de pueblo y de indiscutible soledad. Una meta. La plenitud, como sentimiento de vida. Con amistad, con ternura, con amor. La creatividad consciente que no rehusa la muerte aunque pida plenitud. El poeta tiene otros caminos. Claro, con zarzas y llanuras secas, con parameras hostiles muchas veces. Sea lo que sea, el poeta tiene que acudir a las conexiones de amor-muerte:

*¡Amor, amor, principio de la muerte!*

Así se expresa Dámaso Alonso en *Oscura noticia*, en la elegía «A un poeta muerto». La muerte, descanso y jardín florido, una cansina y desmoralizadora «terca visión de paz», pero que es tuétano auténtico de la cotidianidad vivida por todos. Pero, ya se subraya, para la muerte, en su mismísimo principio, cabe y urge la realidad de amar: ¡amor, amor!

No se trata de nota aislada, sino de convividora angustia, algo que no sufre la erosión de la destrucción, algo que no se desmorona. Muerte, sí, qué duda cabe, pero con amor en la plenitud, ¿por qué no postular la vida? Tanto es así, que el propio poeta y en el poema elegíaco citado dice:

*Siempre te amó, puesto que amó la vida.*

Ansia que logra otros blancos al afinar la puntería de sentimientos, ansia que no excluye la muerte (no es posible excluirla) pero que asimismo enfoca su contenido en la vida. Sublimación del amor. Elegía de poesía humanista, en ideal que se elabora, que suéñase en su forja gracias a libertad y pueblo, gracias a solidaridad y esperanza. No todo es muerte. El compañerismo, por el amigo muerto o por la amada lejana, también presupone plenitud. Su savia es el amor. Plenitud de amor. Plenitud de vida. Aunque haya plenitud de muerte. El hombre no se embarranca exclusivamente en negruras a pesar de que pide plenitud; no por ello va a pedir, tiene que pedir, está pidiendo, la muerte. El poeta no lo especifica. Pero es la misma moneda. Cara y cruz de la misma moneda. Es su insoslayable búsqueda interior y exterior, de dentro y de fuera, en el mundo cuyo tiempo es siempre de uno y de todos. La poesía, en plenitud. Con coloridos de vida y de muerte.

¿No va a expresarse la vida cuando clamorea, pregona y hasta vocifera la intensa llamarada de hombre entregado a los sentimientos y nunca desligado de tales realidades terrestres? Dámaso Alonso va por sendas difíciles, lo sabe, y a citas misteriosas acude con su plenitud. No ignora que hay heridas, que el corazón se sentirá lastimado y herido, es la eterna lección de la existencia, pero sabe asimismo que en esa exigencia reside la esperanza fraterna y humanista. Necesita, pues, entregarse. Se presenta, desnudo, como lo hiciera Antonio Machado, sin coraza ante las acometidas de los mensajeros de la muerte, odio o derrota o mordaza o injusticia.

En este panorama, con tal presentación de intereses muy humanos, cabe recordar dos estrofas del poema «La injusticia» que corresponde al libro de 1944 *Hijos de la ira:*

*Heme aquí*
*soy hombre, como un dios,*
*soy hombre, dulce niebla, centro cálido,*
*pasajero bullir de un metal misterioso que irradia la ternura.*

*Podrás herir la carne*
*y aun retorcer el alma como un lienzo:*
*no apagarás la brasa del gran amor que fulge*
*dentro del corazón...*

Queda en su sitio la palabra, exacta y subrayadora. Con mucho tacto fue escogiendo el poeta su vocabulario, con delicadeza eligió determinadas palabras. En la plenitud que ansía, en la vida que defiende y enaltece, con luz frente a la sombra, encarándose como soldado de la verdad. Así fue. Espejo de años, y la poesía al servicio del amor. Por la vida. Contra la muerte. Recálquese la persuasiva savia de afecto que hay en «dulce» y en «cálido» y en «ternura» y en «brasa» y, naturalmente, en «gran amor». Todo ello envuelto en dos verbos estupendos de densidad interior, dos verbos que resumen la aventura de la búsqueda de plenitud tan anhelada: «irradia» y «fulge», en ambas estrofas, respectivamente.

Pero siempre suele pagarse el acento de sinceridad, el caminar venteando luceros y protegiendo luces, mucho cuesta defenderse así, diseminando en el vivísimo eje del verso tantas responsabilidades de hombre junto a los demás. Ya lo había dicho con su vozarrón campesino y solidario Miguel Hernández: «El hombre anda solo por el mundo, pero en general no lo sabe. Se da cuenta de la infinita soledad el hombre que, además de hombre, es poeta. Para él están reservadas desde el principio las terribles tempestades de la soledad». Estar solo, y saberlo. ¿Quién mejor que el poeta para asumir tan tremenda

resonancia del vivir? La vida y la muerte, la soledad y la esperanza. La plenitud. El poeta, ante tormentas y tempestades. Viéndose, viendo. Dentro de sí, y en los demás. Espejo sin espejismo. La sangre a través de cristales y nieblas pero sin dejar de ser sangre. Y el poeta galo Paul Valéry lo decía: ver claro, es ver negro todo. La poesía escudriñadora y solidaria. Ver negrura porque se pide claridad. ¿Es la «negrura» de Valéry la «muerte» de Dámaso Alonso? En la interrogación caben sus más y sus menos. Pero, desde luego, se impone la irresistible soledad. Y entresaco de nuevo versos alonsianos, de la composición titulada «Solo» del libro de 1944, *Oscura noticia:*

*Oh, sí, yo tengo miedo*
*a la absoluta soledad.*
.....
*soy hombre, y estoy solo.*

PAISAJES DE POETICA

Un autor se desviste, se va quitando ropa al hablarse íntimamente, al revelar mundos recónditos o turbios o prístinos. Es decir, al rechazar lo hermético. El poeta va surgiendo más albo en amanecidas de sus textos, pero también va diseñándose en frases de poética. La tierra, para la azada; y el azadón, para los surcos. Ese es el diálogo, para que se rompan los terrones y pueda procederse a la sembradura. ¿No es la misión, confesada o no, de la estricta teoría de la poética?

Espigando en los muchos trabajos alonsianos, pueden encontrarse referencias de poética. Pero ¿no resulta más concreto el ir a un texto que se llama «explicación de la poesía»? Se lo dio Dámaso Alonso a Gerardo Diego para la célebre antología *Poesía española contemporánea* (que es la agregación íntegra de dos libros: *Poesía española. Antología 1915-1931,* editado en 1932, y *Poesía española. Antología. Contemporáneos,* impreso en 1934). Todos pueden recordar el eco que tuvo tal trabajo antológico. Y ahí se recoge la posición alonsiana en lo que atañe a la creatividad, el texto suyo es explicativo como el título lo indica. Aunque no excesivamente largo, puede cansar al lector; sin embargo, es interesante su lectura y no resisto a la tentación. Lo copio tal como está en el libro citado de Gerardo Diego:

«La Poesía es un fervor y una claridad. Un fervor, un deseo íntimo y fuerte de unión con la gran entraña del mundo y su causa primera. Y una claridad por la que el mundo mismo es comprendido de un modo intenso y no usual.

Este fervor procede del fondo más oscuro de nuestra existencia. El impulso poético, por su origen y su dirección, no está muy lejano del religioso y del erótico: con ellos se asocia frecuentemente.

Poeta es el ser humano dotado en grado eminente de este fervor y esta claridad y de una feliz capacidad de expresión.

Poeta es un nexo entre dos misterios: el del poeta y el del lector.

El objeto del poema no puede ser la expresión de la realidad inmediata y superficial, sino de la realidad iluminada por la claridad fervorosa de la Poesía: realidad profunda, oculta normalmente en la vida, no intuible, sino por medio de la facultad poética, y no expresable por nuestro pensamiento lógico.

Históricamente, se da con mucha frecuencia el «falso poema», expresión lógica de la realidad superficial. Estos «falsos poemas» tienen a veces un valor retórico (Ayer don Ermeguncio, aquel pedante..., Cuando recuerdo la piedad sincera...).

Mecanismo de la producción poética. En el poeta, excitado por algún objeto de la realidad, se produce una conmoción de elementos de su profunda conciencia. El poeta siente el deseo de la creación artística: fijar aquel momento suyo, hacerlo perenne. Resuelve en palabras los elementos de su profunda conciencia, elimina los menos significativos, los enlaza por medio de un número mayor o menor de elementos lógicos y no poéticos... (El automatismo no ha sido practicado ni aun por sus mismos definidores.)

El poema ya está creado. Y ahora su virtualidad consiste en producir en el lector una conmoción de elementos de conciencia profunda igual o semejante a la que fue el punto de partida de la creación, hacer que el hombre volandero se abstraiga un momento en la velocidad de su camino, hacerle comprender bellamente el mundo, comprenderse a sí mismo y comprenderlo todo».

Una poética de vida y verso, resolver en palabras, gracias al juego patético de las palabras, con su densidad y su metafísica, con su realismo y sus ensueños, la actividad de la profunda conciencia. El poeta, en sus catálisis, en sus mutaciones. Por ser convergencia de todo. En fervor y en claridad, asegura el autor de esta poética. Nada de realidad inmediata y superficial, agrega. ¿Y por qué tiene que ser superficial la realidad cercana y asediadora? ¿Es que en otros años, bastante después, en 1944 precisamente, con *Hijos de la ira*, prosigue su actuación idéntica explicación de la poesía?

Se nos dice que el poema «ya está creado», es decir, que al resolverse las ecuaciones sensibles más que razonadas y razonadoras (la comarca siempre misteriosa del acto de creatividad, la fase de crea-

ción propiamente dicha) se logra una plasmación de autenticidades y de corales del mundo. Como expresión y como conexión. La lectura que existe en el poeta y en sus lectores. Así, el poema ya está creado, pues él mismo sintetiza la creación. Y seguramente uniendo lo no intuible a lo intuible. Una serie de interpenetraciones sin dicotomía hipotéticamente posible y mucho menos sin ruptura verdadera de la existencia, en la vida. Una densidad en la poética que acarrea corolarios de estrecha solidaridad. Es lo que se ofrece aquí mediante una trilogía de comprensión: *a)* hacer comprender el mundo; *b)* comprenderse interiormente, y *c)* comprender todo.

Es pasmoso programa. Porque añádese un adverbio de modo muy representantivo: eso que Dámaso Alonso llama «bellamente». Interpretar y expresar el mundo, en comprensión adecuada de poesía, esto es, bellamente. ¿Así es? Ya se hizo alusión a los poemarios suyos de 1944, y entonces participaba otra mirada y otra sensibilidad. O sea: otra comprensión, y no tal vez para comprender bellamente al mundo, ya que no lo era, sino aciago y feo, sórdido y asimismo cruel, con zarpazos de injusticia y de palabra amordazada y hasta encarcelada. Los pájaros en tal caso sirven de canción y de emblema de plenitud. Como manos abiertas, como corazones sedientos. La poesía-libertad, la poesía-sueño, la poesía en una nueva serie de comprensiones, denunciadoras tras darse cuenta de lo que en sí mismo, en todo, y en el mundo ofrece una comprensión de lo bellamente existente, de que lo que bellamente es el mundo.

La poética, por lo tanto, en sus metamorfosis requeridas por la aventura directa del hombre, del hombre-poeta precísese. No se trata de dualidades, sino de símbolo. El poeta, como haz recogedor de luces, como gavilla de lo que en todo se siente y se comprende. Ahí, lógicamente, se produce la conmoción. Estamos ante el poema ya logrado o, por lo menos, ante el poema ya hecho, ya realizado. Con el fervor y la claridad que proporciona la lumbre interior, aquella llama unamunesca que con la sangre activa y socialmente creadora se justifica. Dígase con lenguaje alonsiano: el poema ya está creado en ese instante. Poema humano.

Me viene a la memoria algo que Jorge Guillén escribió sobre esa calificación al referirse a la poesía, y con mucha justiciera verdad. Leámosle: «Si hay poesía, tendrá que ser humana. ¿Y cómo podría no serlo? Poesía inhumana o sobrehumana quizás ha existido. Pero un poema «deshumano» constituye una imposibilidad física y metafísica, y la fórmula «deshumanización del arte», acuñada por nuestro gran pensador Ortega y Gasset, sonó equívoca. «Deshumanización» es concepto inadmisible...» («Lenguaje de poema, una generación»,

*Lenguaje y poesía).* Tiene razón sobrada nuestro amigo Guillén. Y acaso así se aclare mejor que Dámaso Alonso no tuviera necesidad de dar precisiones en cuanto a lo humano del poema. Lo bellamente tal vez sea ese reflejo del mundo: un mundo habitable y habitado, en la realización de poesía humana. Poesía sin más. La exigente llamada de lo que es y tiene que ser: poesía con lectura humana.

Acaso, la correspondiente trabazón de poética y versos de Dámaso Alonso, en su primer intento, es lo que reflejan sus poemillas de la ciudad, sus *Poemas puros.* No conviene caer en la trampa del dilema si es poesía pura o impura, y cualquier arrebato, lírico o conceptual, amoroso o social, etc., puede tener acogida en las estrofas poéticas de lo puro e impuro, todo en vértice de desembocaduras conscientes o inconscientes, vertientes del poeta queridas y perseguidas o involuntarias. Un nacer poético, un despertar a la poesía. Y empleando el diminutivo, en poemas que se vuelven poemillas, no sólo hay falta de osadía (¿no es normal en años de aprendizaje, en apenas veintitrés años que son los que entonces tenía el poeta?) sino que se corrobora el ansia de totalidad aunque encaminándose con ternura. Y lo pequeño es grato. El amor irrumpe en los tinglados del quehacer poético. Un montaje de primera independencia, con el fervor y claridad que en su poética dirigida a G. Diego el poeta reclamaba.

Vitalidad, seguro que sí, y con la luz, el vivir y soñar como material de los versos. En un soneto, situado y enfocado por Concha Zardoya, se establecen relaciones entre Juan Ramón Jiménez y Dámaso Alonso; concretamente, entre «Retorno fugaz» y «¿Cómo era?», respectivamente. La pregunta susurra acerca de la significación de lo poético. Y la sensibilidad alonsiana precisa en ese soneto, lo siguiente:

*... El corazón la sabe,*
*pero decir cómo era no podría*

Interviene la fecundidad afectuosa, el amor como cosecha de corazones. En cuanto a detallar la realidad de la poesía, eso es otro cantar, y se reconoce en el verso humildad que decirlo no se podría, que el corazón resulta incapaz con la invasión de la luz. La luz, «mientras ella me llena el alma toda» concluye rotundamente el poeta.

¿Es la tonalidad de magia, de la poesía que es misterio sin embargo, «¡porque no es forma, ni en la forma cabe!»? Fuerza penetradora, esencialidad, y lo denso cual autenticidad. Dámaso Alonso con la verdad aprehendida en sus conquistas de plenitud, pidiendo vida junto a la muerte, lo fértil de las palabras, y eso que el corazón sabe qué es la luz poética aunque no logre sembrarla en el lenguaje

de los versos; las palabras no consiguen la explicación de la poesía y tal vez resida el obstáculo en su intensa metafísica.

La poesía ocupa todos los jardines y huertos de la creación de la vida, dando un valor de confianza y amor a la poesía; Dámaso Alonso se introduce en la plenitud y posesión, éxtasis de luz (y no cabe duda que rutilante y joven, luminosamente feliz) que, confiesa el texto alonsiano, «me llena el alma toda». Una aventura de ambición y de logros, más bien en rigurosa recreación de pensamiento que en alas voladoras de lirismo.

## POESIA DE JUVENTUD Y POESIA DE MADUREZ

Para que nadie se llame a engaño, puede recalcarse que un estudioso contemporáneo ha hablado de interioridades afirmadas y afianzadas en lo alonsiano, y ya en su juventud poética: «Como prosista es autor de bellos momentos de acción rápida, de lo más agudo y original de las nuevas letras... Como poeta comenzó por una influencia juanramoniana junto a una fina modalidad personal, con composiciones en que se perfila un sentido de construcción, al lado de imágenes felices, de selección del material poético» (Angel Valbuena; *Historia de la literatura española,* G. Gili, 1937). Justa valoración de poesía de juventud, y con «superior maestría técnica», añade el crítico citado.

Intimismo de tipo más bien lúcido y moral que espontáneo y rotundamente estético, dando paso a nuevas voluntades de progresión en la vida terrestre de hombre (condición social que elimina las escapatorias). En poesía problemática que luego le conducirá, veinte años después, a una poesía dura y amarga, en ruptura absoluta de tono y adorno (aunque lo alonsiano no fue nunca barroco) y al querer plasmar a los versos en rehumanización de poesía. Originalidad, y asimismo, confirmación.

El itinerario de juventud a madurez, con vocablos de abiertas resonancias. Y uno de los compañeros generacionales, el ya citado Jorge Guillén, resume así su posición relativa a lo alonsiano: «Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso han ampliado y ahondado su labor juvenil» *Lenguaje y poesía* (p. 196).

Un caminar incesante, como corresponde a la creatividad, y la correspondiente progresión, de lo juvenil a lo maduro.

Entonces, en la fase de los *Poemas puros,* etapa juvenil por excelencia, nacía un anhelo de decantación, era libro encauzador: «por su temblor humano, extremada economía de expresión y sencillez abre cauces hacia la gran poesía de aquella década», ha escrito Rafael Alberti (en *Arboleda perdida).*

O sea: que hay momentos en la obra de un poeta, y entonces, en la juventud, ya iba abriendo cauces; habrá progresión, se ahondarían los trabajos poéticos de la labor juvenil.

¿Es tan radical semejante enfoque y con tanta diferenciación de períodos de vida y de poesía en el hombre-poeta?

Emoción e inspiración (o motivación creativa, por llamarlo de algún modo) en la evolución enriquecedora, pesándose la carga apasionada o meditada de las palabras. Y así, una progresión nunca desmentida y que apiña a la juventud y a la madurez en torno al meollo de la poesía: su radicalidad expresiva.

Es lo que el propio Dámaso Alonso aplicó, dentro de transmutaciones de análisis y sentido, a la obra de Luis Cernuda. Cauces y rumbos que, opinaba, mucho tenían que ver con los años, esto es, con la edad del poeta. Y tal vez con ecos del verso alonsiano «¡Amor, amor, principio de la muerte!» Sí, con ese criterio, al ser encaminamiento hacia la muerte la vida, pues existir es prepararse a desparecer, a morir. ¿Le ocurre lo mismo al poema, en su instantaneidad tajante y definitiva?

Todo eso parece abreviarse y sintetizarse en una reconstrucción metafórica que Dámaso Alonso titula, sencillamente «Copla». Y ahí se lee:

*La copla se quedó partida.*
*No la pude concluir.*
*Y era la copla mi vida.*

*(Morir, palabra dormida,*
*¡cómo te siento latir!)*

*Bien templado el instrumento*
*y a medio giro el cantar,*
*llevóse la copla el viento*

*(¡vida, cantar soñoliento!),*
*y no la pude acabar.*

Poesía-vida, la trayectoria más o menos interrumpida (partida) y silenciosa (dormida), los años con la densidad correspondiente, con la substantividad honda que nunca se puede acabar, que nunca se puede concluir.

Sin embargo, vuélvase grupas hacia el sevillano Luis Cernuda. Este le escribió una carta al castellano Dámaso Alonso, con fecha de 9 de septiembre de 1948, desde Estados Unidos. Y le decía, entre otras cosas, que la poesía y los años no llevan su correlación impe-

rativa y experimental. Porque el texto alonsiano de referencia era: «Cernuda, muy joven entonces..... Cernuda es todavía un muchacho, casi aislado en Sevilla, en ese año de nuestra excursión sevillana, en el que en Málaga aparecerá su «Perfil del Aire», que tampoco repreta su arte maduro». Y el poeta andaluz estima que cabe poner puntos sobre las íes, acerca de qué puede entenderse por «muy joven» y «tampoco representa su arte maduro». Es la proyección de fases creadoras, en lo juvenil y en lo maduro. Cernuda asimila joven a inexperiencia y no lo acepta; Cernuda cree que Alonso se equivoca al tildarle de poeta «muy joven». Sobre todo, excluye el vocablo «muchacho». Insiste el poeta de *La realidad y el deseo,* con el nudo de la cuestión, o sea, aceptar al poeta que años más tarde fue, rechazando al poeta que acaso ya se manifestó en la juventud. Lo maduro, sí, pero antes la promesa, el brote, el capullo, la flor. Y en resumidas cuentas, ¿hay error en lo alonsiano o acaso ciégase en su visión lo cernudiano? Ambas perspectivas coinciden: una poesía puede estar o no granada y mostrarse o no como madura, con la estampa cierta de que haya o no haya una floración poética. Lo juvenil, es preludio; y lo maduro es confirmación. Se completan, al ser pasos dados por la creatividad poética. Vocación de conceptos, situándolos en lo temporal y en lo humano. Vistas así las cosas, se deduce ambigüedad en la respuesta cernudiana, y no parece ser que hubiese enfoque desacertado en Dámaso Alonso. Escúchese una frase significativa de Cernuda: «Usted parece olvidar que madurez es un concepto temporal relativo en cuanto se aplica a nuestra vida humana, y que no es a dicho concepto, sino a su equivalente correlativo de florecer al que debió acudir para juzgar un libro mozo» *Crítica, ensayos y evocaciones* (p. 208), Seix Barral, 1970).

Cernuda admite lo de mozo y borra lo de muchacho, aunque deslizándose con cautela en el uso y presencia del concepto de madurez, al tratarse del derrotero que un poeta presenta en las distintas fases-evoluciones de su creatividad. Es fenómeno de psicología subjetivamente corroborado. Tal comprobación es de tipo universal. Lo maduro, tras lo juvenil. La poesía, como la vida, con su presente y su futuro. Eso, en poema, se llama progresión y mejora (en lo que cabe, excepción hecha de las genialidades) de cualidad emocional y asimismo expresiva. ¿Que no hay excesivas diferencias? Claro que no, puesto que se conserva el talante y el aire del mismo autor. Y el propio Cernuda parece aceptarlo y confirmarlo en el texto ya citado. Leamos: «Este trabajo tuyo de hoy, con respecto a este de ayer, sólo tiene de diferente lo mismo que el tú de hoy con respecto al tú de ayer, el acrecentamiento natural dispensado por el tiempo a quién se mantuvo

despierto y supo aprovecharle: el hombre es el mismo, y el poeta también».

¿Qué subjetividad perentoria domina? No hay error en Dámaso Alonso y tampoco en Luis Cernuda. La copla sigue en vilo, no del todo partida al ser joven el poeta, y aunque parezca dormida puede despertarse y caminar y conseguir la plenitud de vida del poema hecho texto definitivo. Late el anhelo de crear, y así es desde la amanecida del día, o sea, en el hombre-poeta, desde que la lucecilla de la necesidad de crear se manifestó. Así, la tormenta y la lluvia escapan a sus insomnios. Arde la luz. Arde la poesía. Se convive con aspiraciones y con relaciones humanas. Un testimonio de trayectoria de vida es el poema. Ahí habita la memoria, ahí se justifica el ir a más con la desazón de descubrir misterios y alabar la hermosura del mundo. Plenitud de la poesía.

## MIRADAS EN TORNO

Una generación. La empresa de escribir poesía. ¿Y cómo enterarnos de lo que es o significa sino es en pleno movimiento, esto es en sus mutaciones firmadas por diferentes sensibilidades? Me estoy refiriendo, naturalmente, al cariz subjetivista y normal de la obra de los poetas que en la cronología se agrupan, y nunca apiñados, en torno a los años noventa y, concretamente, siendo epicentro mil ochocientos noventa y ocho.

Fue entonces cuando nació Dámaso Alonso, y también es la fecha de nacimiento de Federico García Lorca y de Vicente Aleixandre. Un poco antes y un poco después, como es sabido, es la época en que nacen poetas tan representativos como Jorge Guillén y Pedro Salinas y León Felipe y Rafael Alberti y Gerardo Diego. Años de floración que han sido, para las letras españolas, de riquísima cosecha. Años generacionales. Y con su problemática consiguiente. En sus estampas de tradición, en sus momentos de realismo. ¿Con unidad, con coherente impulso y asimismo innovación en sus poemas? Generación de poetas, el ancla en la historia del país.

Lo mejor es que el propio interesado, esto es, Dámaso Alonso, precise su pensamiento a este respecto, nos dé su opinión; aquí está: «Lo primero que hay que notar es que esa generación no se alza contra nada». Exacta referencia, subrayándose adecuadamente que hay arraigo en las capas profundas y antiguas del tiempo español. Una necesidad de no negar nada. Recalcada en formaciones profesionales, dato común a algunos poetas generacionales de ese grupo del 25-27. Ansia de coincidir, culturalmente, con lo remoto y lo

próximo. Todo entra en juego. Y dándole importancia al contenido, aunque acaso aprovechándose la lección machadiana de que las ideas no son líricas, aquello de que «el intelecto no canta».

Desde luego, en lo alonsiano, y salvo contadísimas excepciones más bien juveniles (alguna que otra copla o coplilla), no domina lo cantado, sino lo pensado, lo sinceramente macerado y densamente expresado. Pegándose al idioma, y ayudándose así muy penetradoramente dada su importante tarea lingllística. Es poesía con adhesión al vuelo solidificado de las palabras. Ahí, Dámaso Alonso refuerza su carga emotiva de poeta conocedor del castellano. Acaso sea la rotunda plasmación en versos de su interiorización pero humanamente solidaria siempre. Y es confirmación de su afán de revivificación de la poesía tradicional y clásica, como ya lo indicó Birute Giplijauskaite (*El poeta y la poesía*, 1966).

Por lo tanto, frente a la tajante alegría inventiva lorquiana, «si es que es verdad que soy poeta por la gracia de Dios —o del demonio—» se sitúa la voluntad de pensar y razonar y dando intensidad a la creación poética en lo alonsiano. Esto es, convergiendo con el propio Lorca, que decía en la segunda parte de la frase que acaba de citarse: «también (es verdad) que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo». Declaración analítico-crítica que se observa en la obra alonsiana y, desde luego, rechazándose lo de dos bandos en la generación poética del 25-27: los poetas fáciles, los cantores y con apoyo de que es cantar en demasía; y los difíciles, con hermetismo de densidad y casi como si fuese parangón de lo anti-lírico. Posiciones absurdas y es que en poesía, como en todo, lo cortés no quita lo valiente, y la intensificación humanizada no se aleja de lo espontáneamente lírico. Temperatura muy humana y tal vez humanizada. ¿Hay una motivación en lo que decía Dámaso Alonso al referirse a precisiones de poesía anterior a la de la generación suya? Dice: «La herencia que recibe mi generación es, un frío legado, una especie de laboratorio técnico» («Una generación poética», *Poetas españoles contemporáneos*, 1958), y a este libro pertenecen las citas suyas aquí dadas).

Trabajo y hondura, peso y palabra iluminada, pero por dentro y no desde fuera, el camino que siempre guarda en la substancia ese temblor de misterio que es la poesía misma. Y no por sabiduría exclusivamente, sino por radicalidad de corrientes incognoscibles y fulgurantes, lo que al enfocar al sevillano Gustavo Adolfo Bécquer expresó Dámaso Alonso: «Porque la poesía —y no pretendo revelar el secreto intangible, sino sólo aislarlo— consiste en una íntima vibración del poeta, por vías de misterio comunicada a su obra; vibración que en ondas de luz, nos descubre hasta profundidades últimas, como en

prodigio, el pensamiento, nítidamente traslúcido e intensificado». («Originalidad de Bécquer», *Poetas españoles contemporáneos).*

Realidad misteriosa e imperativa que, con acierto indudable, ha dicho otro poeta del mismo grupo generacional, nacido en 1899, el malagueño Emilio Prados:

*La luz descansa en el papel...*
.....
*... Pero el mensaje*
*se me encomienda, hoy, sólo a mí.*
*Todo el color de violencia exhibo:*
*fundo el iris de mis ojos en él,*
*salgo heraldo invisible de unidad*
*—aun conmigo sin serlo— a revelarme.*

Se trata de su composición «Signos del ser», y como indicio de visitación de caminos misterios, la luz que en la cuartilla descansa, la luz que en el poema halla aposento. Soledad, tal vez, de la llameante interiorización. El «fervor» aquel, y la «claridad» aquella de que nos hablara Dámaso Alonso cuando a Gerardo Diego le expuso su concepción de la poesía, y que ya quedó señalada oportunamente en este trabajo.

Al acudir a la obra alonsiana, el lector se encuentra con afluentes que a la unidad de la poesía acuden, confluyendo ondas de la unidad de la luz. O sea, uniendo la densidad casi constante de lo alonsiano, a la entrega al canto que es menos persistente. Ejemplo de que poetizar es también ganas de cantar se tiene en «Las alas», dedicatoria final del libro *Hijos de la ira:*

*Sí, algunas veces*
*se quedaba flotando la dulce música,*
*y, flotando, se cuajaba en canción.*
*Sí: yo cantaba.*

Dicho de otro modo: que la poesía alonsiana no es intelectual. Aunque, eso sí, trabajándola con ahínco, obstinadamente. Y al referirse a su grupo generacional, lo resume en una frase aclaradora: «..... en los años inmediatamente anteriores a 1927..... se trataba de trabajar perfectamente, en pureza y fervor .....» Pureza y fervor que convergen con fervor y claridad, como acaba de verse, de recordarse mejor dicho.

Sin embargo, la posición alonsiana, al trabajar y mirar a su alrededor, considera que la palabra entera y completa no es lo humano, sino que se balbucea. Intermitencias de un caminar, y la luz-poesía es plenitud lograda con tirones y sacudidas. Solidaridad de la palabra, con lo humano en torno, palabra balbuceada: «..... En lo humano,

a la secretísima lanza de fuego que nos hiere, respondemos, abrasándonos, apenas con voces entrecortadas. Sólo en ese rapto balbuciente es cuando el poeta verdaderamente sabe». La savia del idioma del poeta fertiliza su camino de hombre cotidiano porque es esencialidad de su quehacer en poesía. Aunque sólo sea esa palabra entrecortada, balbuceada. Búsqueda, por lo tanto, con la consiguiente desazón, con la siempre llameante y anonadadora emoción. Porque no hay lenguaje exclusivamente reservado a la poesía, y su libro *Hijos de la ira* es el ejemplo más contundente y válido; una poesía con palabras que son duras y hasta repelentes en su exterioridad formal, pero que no es escribir a la pata la llana ni mucho menos; en lo alonsiano es voluntad de dar vida a todas las palabras que su poesía necesita, vivificándolas y revalorizándolas. Ya lo expresó en ese ensayo tan importante al que se ha acudido muchas veces a lo largo de este trabajo: «Toda la realidad es capaz de verterse en poesía. La poesía no tiene como fin la belleza, aunque muchas veces la busque y la asedie, sino la emoción». La belleza emocionante y emocionada. (Abriendo un paréntesis, diré que para mí la poesía debe tener su carga humana de belleza, pero entendiéndola como belleza humana y emocionadora; la palabra con tensión de vida y de ensueño apoyándose en la belleza, ya sea áspera o violenta, ya sea delicada y hasta intimista).

Palabra, pues, convencida de su poder. Porque corresponde, como el río a su manantial, a una poética no de improvisación absoluta sino anclada en sus hondas razones y ensueños de poeta-hombre. Palabra enriquecedora. ¿Y no es así como busca plasmarse en versos la vocación creativa de Dámaso Alonso?

Lo conceptual no es lastre, sino resonancia de verdades vividas. Una visión y acaso un mensaje. Es la poesía comunicadora y comunicativa expuesta por Vicente Aleixandre en su discurso de ingreso a la Academia. Y que Dámaso Alonso redondea así: «El poeta, al ponerse a escribir, hondamente conmovido, quiere en realidad transmitirnos un mensaje..... mensaje que quiere perennizar el poeta, que quiere transmitirse a sí mismo y transmitirnos a todos». Comunicación, y sin que se borre nunca la luz de lo emocionado. Como ya quedó recordado, lo del poema-puente, «un nexo entre dos misterios: el del poeta y el del lector». La luz, con ráfagas asediadoras de sombra. Los dominios de la comunicabilidad. La poesía-comunicación de múltiples experiencias. El patrimonio común es el mundo. La poesía intenta aprehenderlo y trascenderlo. El mundo es de todos. Pese a que la poesía no logre serlo de todos ni para todos. Y cualquier osadía y cualquier innovación no hacen sino plantear siempre lo mismo:

*exacta luz y clara poesía*

Eso, que en soneto expone Dámaso Alonso (en «Hombre y Dios») no es tan a rajatabla como parece. Si la luz puede (es sencilla hipótesis), ser exacta o llegar a serlo, ¿quién afirma en poemas que la poesía es clara? ¿Dónde, pues, reside su misteriosa sangre, la luz-misterio, sino es en la mismísima enjundia del poema? ¿No es el motor que empuja a la poesía relacionadora de experiencias, que establece ardiente y emocionadamente la comunicación entre poeta y poema y asimismo entre poema y lectores?

No cabe duda que es actitud esencial: estar en su puesto, la palabra en su sitio. Consciente, luchadora, animosa. Poesía que Dámaso Alonso quiso patentizar en los años de la revista *Hora de España* (tan sólo su presencia como colaborador lo simbolizaba) y que, desde luego, en sus poemarios de la inmediata posguerra fue declaración lúcida y solidaria con las circunstancias social-humanas. A pesar de la tristeza, confirmaba su caminar hacia la luz:

*Ay, hijo de la ira*
*era mi canto.*

*JACINTO-LUIS GUEREÑA*

37, avenue Marcel Castié
83100 TOULON (Francia)